

Así llegó a Buenos Aires el SABLE del LIBERTADOR

Cómo es el sable del Capitán

La hoja es de templado acero, curva, alfanjada, con lomo redondo, filo corrido de una sola mesa y punta. La empuñadura de cruz, con rectos gavilanes de bronce, y las cachas negras de astas de búfalos. Por una perforación practicada al extremo final de la misma, pasa el cordón granate de la dragona, que remata en una pequeña borla plateada. La vaina, que mide 87 centímetros, es de cuero negro granulado, con brocal liso y contera adornada de dibujos hechos a cincel, siendo ambas partes de bronce. La boquilla corre sobre el lomo de brocal, y al finalizar la contera, por medio de una espiga está pendiente una pequeña ruedita de acero. Dos abrazaderas de bronce en relieve, con anillas proporcionalmente superpuestas, complementan la guarnición de la histórica pieza que en total mide 96 centímetros.

Adolfo P. Carranza salvó del olvido a las más preciadas reliquias de los días grandes de la Patria. Sin su labor empeñosa, obstinada e insobornable no existiría el actual Museo Histórico Nacional. Sin sus gestiones, franca y directamente emprendidas, ¡Quién sabe si en estos momentos el pueblo argentino podría venerar y contemplar como suyo el glorioso sable del Libertador!

En su testamento, San Martín lo había expresado en forma concluyente: “El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la independencia de la América del Sud, le será entregado al General de la República Argentina, don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción, que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República, contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla”. Estaba, pues, el sable en poder de los descendientes directos de don Juan Manuel de Rosas, cuando, con fecha 5 de septiembre de 1896, inició Carranza las gestiones, primero privadas y luego oficiales, que culminarían con la entrega de la gloriosa reliquia a las autoridades de la Nación.

“Durante el largo período de gobierno que ejerció su señor padre en este país -decíale en su carta a doña Manuela Rosas de Terrero - tocóle mantener y defender sus derechos e integridad comprometidos por la agresión de dos poderosas naciones europeas. Han pasado los años, se han calmado las pasiones que se agitaban en aquellos días, y hoy creo poder asegurarle que se ha hecho opinión general la que fue entonces por algunos resistida, y es que con su actitud salvó el honor de nuestra bandera y protestó bizarramente contra el proceder de la diplomacia extranjera”.

A continuación repetía las palabras del testamento del Libertador, y agregaba: “Me permito solicitar de Usted, con destino al Museo que dirijo, aquella espada redentora de un mundo, para que aquí, en el seno de la Patria que le dio el ser, pueda ser contemplada por los que habitan y sea ella en todo tiempo la que les inspire para defender la soberanía nacional, como en la ocasión que originó, se la obsequiaran a su señor padre”.

Una nota oficial, en términos similares fue enviada, con fecha 20 de diciembre de aquel mismo año, a Máximo Terrero, hijo político de don Juan Manuel de Rosas. Pero, el 26 de noviembre desde su residencia en el 50 de Belsiza Park Ardens, de Londres, doña Manuelita se había

apresurado a contestar en los siguientes términos, bien dignos de una patricia argentina, por cierto:

“Oportunamente -decíale al Director del Museo- recibí su fina carta del 5 de septiembre último; la que es para mi esposo, para mí y nuestros hijos, tan interesante por la justicia que hace Usted en ella, a la actitud heroica con que mi lamentado padre, General D. Juan Manuel de Rosas, durante su gobierno salvó el honor de nuestra bandera ultrajada por potencias extranjeras que trataban de humillarla. Por disposición testamentaria de mi padre, el sable que le fue legado por el ilustre Capitán General D. José de San Martín, valiosísima prenda que con palabras gratas me pide usted destine al Museo Histórico Nacional de nuestro país, hoy pertenece a mi esposo, y como fácilmente lo comprenderá Usted, mucho le cuesta a él como a todos nosotros, hacer el sacrificio de desprendernos de ella. Es ésta la razón por la demora de mi contestación a su pedido. Al fin, mi esposo, con la entera aprobación mía y de nuestros hijos, se ha decidido donar a la Nación Argentina, este monumento de gloria para ella, reconociendo que el verdadero hogar del sable del Libertador debiera ser el seno del país que libertó. Por lo tanto, puede Usted Sr. Carranza, contar con el recibo del pedido oficial que Ud. ofrece, la contestación será el envío del sable. Mandamos también los objetos históricos que pensamos serán de valer para el Museo Histórico Nacional. En unión con mi esposo y mis hijos, saludamos a Usted cordialmente y soy su atenta y segura servidora, Manuela de Rosas de Terrero”.

Recibida la carta anterior y la respuesta al pedido oficial, el Director del Museo Histórico Nacional elevó una nota al Ministro del Interior, doctor Norberto Quirno Costa, anunciando que el sable, “ese monumento de gloria”, llegaría a Buenos Aires, aproximadamente, el 20 de febrero próximo. Señalaba que lo justo sería que un buque de guerra saliera a recibirlo, para que, cubierto por la bandera nacional, entrara en la capital de la República con la dignidad que merecía, como símbolo que era de la gloriosa independencia americana. Además, sugería se le rindieran los honores correspondientes al grado de Teniente General, formando el Ejército, declarando ese día feriado nacional, en toda la República, izándose la bandera nacional e invitándose a las autoridades y al pueblo para celebrar tan digno suceso. El 25 de enero, don Juan Manuel Terrero, en representación de sus padres, don Máximo Terrero y doña Manuela Rosas, se presentó en la delegación argentina en Londres con el sable y su cofre, sellándose convenientemente con lacre sobre un cordón celeste y blanco. Además informó que la reliquia sería enviada a una persona de la familia en Buenos Aires, para que la entregara al Presidente de la Nación.

Efectivamente, el cofre fue embarcado en el paquete “Danube” de la Armada Real Inglesa, que zarpó de Southampton el día 4 de febrero de 1897, con rumbo al puerto de La Plata.

El 28 de febrero, el Danube llegó al puerto de La Plata. El gobierno nacional quiso poner una pausa para evitar que los honores al glorioso sable se le rindieran durante las carnestolendas. El 2 de marzo se dio el decreto de recepción y honores firmado por el Ministro General Racedo. El diario La Nación expresó en la emergencia: “Nos permitimos observar que consideramos inapropiado el programa que quisiera hacer el acto correspondiente una solemnidad de inusitado esplendor”.

Del puerto platense, el 4 de marzo zarpó la corbeta “La Argentina”, al mando del Capitán de Fragata McCarthy. Llegó al dique 3 del puerto Madero, a las 13 del siguiente día. Cuatro marineros de la dotación, en traje de gala, conduciendo el cofre, encabezaron el cortejo formado por socios del Club Militar, la banda de la Escuela de Grumetes y alguna concurrencia. El presidente de la República, doctor José Evaristo Uriburu, recibió la espada de manos del señor Juan Ortiz de Rosas, que en su carácter de parientes de los donantes, pronunció algunas palabras. El primer magistrado le respondió diciéndole “que recibía con patriótica emoción, el sable del ilustre guerrero, que volvía a su legítimo dueño, el pueblo argentino por la generosa donación que de él hacía el distinguido, que a justo título la poseyera”.

A continuación, el sable fue entregado al General retirado Donato Álvarez, con la documentación pertinente, para que lo depositara en el Museo, hasta donde se trasladó la comitiva. No era ésta muy numerosa. El pueblo no había sido invitado, ni cubrieron el recorrido las tropas de la guarnición. Todos los generales en actividad, que figuraban en la Comisión nombrada por el Estado Mayor del Ejército, excusaron su presencia. Eran: el Teniente General Juan A. Gelly y Obes, el General de División Francisco E. Bosch, y los Generales de Brigada Manuel J. Campos y Daniel Cerri. El General Donato Álvarez, que llegó a tiempo de Necochea, asumió la presidencia de la comitiva, por el asentimiento de los coroneles con mando que en ella estaban, pues su situación de retirados, no le confería derecho a tomarla en escala de jerarquía.

A las 15 llegaron al museo, que estaba entonces en el actual Jardín Botánico. Allí se labró nueva acta y los asistentes recibieron láminas y medallas conmemorativas. El Director del Museo Histórico Nacional, don Adolfo Carranza, recuperó así para la Patria su reliquia más preciada. Terrero en una carta fechada el 31 de enero de aquel año, le decía: “es a Usted a quien pertenece el mérito de haber iniciado la solicitud que ha dado por resultado la valiosa donación que hoy ofrece mi esposa a la Nación Argentina”.

Podía estar tranquilo y seguro de que algún día este mérito le será reconocido.

Revista YAPEYÚ

Año 16 – Nº 30

Agosto 2001

Asociación Cultural Sanmartiniana de Almirante Brown